

Volume One, Number One

EL EJERCICIO DE LA PERMANENCIA

Leandro Garcíá Ponzo

La filosofía –errante, incansable, obstinada– no tiene morada. El mundo entero es su albergue; abomina detenerse en algún sitio. Viaja mientras reposa. Y no hay filosofía sin viaje como no hay viaje sin hambre. El viajar es siempre, antes que nada, una cuestión de nutrición. Además, cuando la filosofía es real, tan real como un río entrando por la piel templada, es capaz de dirigirse a cualquiera y de afectarlo.

Ella viaja encarnada en filósofos, en sus libros o en sus voces, alimentados por la variedad de las cosas, pero también por las crónicas de viejos exploradores. Es el conjunto de estas crónicas. Por ese motivo es que no hay relato acerca de una expedición filosófica que no lo sea en sí misma, bajo el nombre de cualquiera de sus autores posibles, que, a decir verdad, sólo pueden ser dos: quien viaja y quien recibe la visita. El primero cuenta con la avidez y el nomadismo como aliados. Lleva consigo el instante. Su visión es siempre parcial pero secretamente amplia, expectante y honda. El segundo representa la permanencia y una hospitalidad dulce, una calma. Encierra también lo cotidiano y la costumbre, a menudo sinónimos de la desidia. Supongo todo esto al momento de cronicar la presencia de Alain Badiou en Argentina. Sigo imaginando las tonalidades de esta presencia aún cuando todo ha sucedido ya.

Era la tercera vez que venía a la Argentina. Y la primera que iba a estar en la ciudad de Córdoba, donde la Universidad más antigua del país y una de las más viejas del continente iba a cobijarlo. Aunque no exactamente la primera. En 1969, cuando reinaba la dictadura de Onganía, en Córdoba podían encontrarse varias editoriales clandestinas y publicaciones cuyos editores eran ficticios o simples escapistas. Uno de esos proyectos fue una especie de milagro político agujereando una ciudad tan conservadora como volátil: la revista *Pasado y presente* que, acompañada por los *Cuadernos de pasado y presente*, se dedicaba, con grandes tiradas, a hacer una recensión y un balance del marxismo en Latinoamérica. Ese año –por lo demás, año del estallido obrero-estudiantil llamado “Cordobazo”–, en

el cuaderno número ocho, junto con un texto de su maestro Althusser y el célebre Materialismo histórico y materialismo dialéctico de Gramsci, apareció el primer texto de Badiou traducido al español: *El (re) comienzo del materialismo dialéctico*. Se trata de un escrito joven, denso y argumentalmente sólido, donde todas las energías están concentradas en medir el alcance –y los límites– del pensamiento althusseriano. Aunque Badiou diga que en esta etapa todavía estaba muy influido por la obra de su antecesor, vemos en ella el germen de la separación. Combinado con ese enorme deseo afirmativo que se incrusta en la pregunta por el recomenzar, pero no sin haber tomado antes algunas provisiones conceptuales, y sostener la mira puesta en transformar el mundo y la filosofía, que acaso son lo mismo cuando se dedican a tejer el futuro. Ése que hace que el retorno del filósofo a nuestra ciudad parezca premeditado desde siempre.

Badiou llegó en un vuelo que se había retrasado una hora, alrededor de las diez de la mañana, provisto de su buen humor habitual y acompañado por un equipo de producción que la Universidad de San Martín había dispuesto para registrar sus actividades en Córdoba. Aquí intentamos conformarle una agenda amena y distendida, donde estuviera rodeado de sus amigos argentinos y se despachara hablando libremente ante el público masivo. Desde el aeropuerto, sin mediación alguna por causa del retraso, fuimos directo hacia el auditorio donde debía hablar con el primero de ellos: Raúl Cerdeiras. “Primero” refiere a una anterioridad no sólo histórica sino también estructural. Raúl, director de la revista *Acontecimiento* y fundador del grupo que lleva el mismo nombre, hombre de larga trayectoria política e intelectual, es quien introdujo el pensamiento badiouano en estas tierras. Es, casi sin dudas, uno de sus primeros lectores fuera de Francia. Pensó y sigue pensando una nueva política. Encaró la traducción de *El ser y el acontecimiento* a riesgo propio y esperó años a que alguna editorial quisiera abocarse a la aventura de publicarlo. Ahora estaba listo para extender su fidelidad delante del público.

Una vez llegados al auditorio, comenzó el diálogo entre Badiou y Cerdeiras en torno a la cuestión política. Rápidamente se estableció una discusión entre dos compañeros de lucha, menos erudita que atávica y viva. Raúl empezó leyendo un extracto del primer intercambio epistolar entre ambos, cuando Alain vivía años aciagos en una Europa que reaccionaba a los años rojos mientras su amigo repensaba en pleno gobierno militar el rol de la izquierda en Argentina. Encontraron la médula de la política con igual rapidez: el problema de la dominación, el de la emancipación y sus correlatos positivos: la igualdad y la justicia. Y es que la política no es más que la repetición de estos temas con las variaciones que cada época le imprime. No una reiteración ciega. Más bien una estrategia, la de dotar a esos nombres pretéritos de un nuevo cuerpo y un sonido original. Más aún: una estrategia para poder repetir esos nombres, alumbrarlos una vez más en el terreno político, volviendo la repetición misma el secreto de la invención.

Raúl habló de una suerte de soledad. La encontró en el centro de la crítica que recibe el Grupo Acontecimiento cuando piensa y hace la política a distancia del Estado, de los partidos y de los sindicatos. Hay que tener en cuenta que Argentina muestra desde hace unos años un escenario político sobrecargado. Después del estallido de 2001, y luego de una transición difícil, el Partido Justicialista retornó al poder investido en un progresismo que revirtió la línea neoliberal aplicada por décadas, avanzó en materia de derechos humanos y otorgó derechos sociales a amplios sectores de la población. Esto le ha valido la posibilidad de permanecer en el gobierno durante casi diez años habiendo ganado la última elección con más de la mitad de los sufragios. Desde el oficialismo hablan de un “retorno de la política” a través de la militancia juvenil. Contra esa idea, el Grupo Acontecimiento ha levantado sus proclamas, indicando que mientras la política siga siendo entendida como la disputa por la toma del poder, mientras esta toma sea además mediante el mecanismo electoral, mientras se siga sosteniendo un sistema capitalista donde el Estado –identificado ahora con el garante de la democracia– se encarga de reasegurarlo, mientras se limite el ejercicio ciudadano al mero acto de ir a votar en el momento preestablecido, nada hallaremos distinto a una continuidad respecto de una estructura que perpetúa la dominación de las masas manteniéndolas en el rol pasivo de víctimas. Esta dominación lidera el aniquilamiento de toda idea real de política emancipatoria. En ese momento Cerdeiras –y Badiou– se encargaron de repasar por qué las políticas que pueden sublevar a los grupos oprimidos se deben a las ideas, al pensamiento exploratorio cuyo único norte es la defensa de una igualdad radical, más allá de cualquier etnia o identidad parcial. La soledad de la que hablaba Raúl se rompió de inmediato con la compañía de su camarada. Recuerdo justo ahora que Platón afirmaba que la filosofía estaba sola. Algo como lo que se le atribuía de cierta manera a Raúl y sus compañeros, por su tozudez para superar la distinción teoría-práctica y para elaborar un nuevo pensamiento político de esencia afirmativa, donde las formas de organización que deben sucederse luego de una ruptura violenta del orden son del todo originales y propias de los sujetos que cada proceso origina. Como Platón, como la filosofía, el Grupo Acontecimiento está solo para que la política vuelva a pensarse en común. Badiou llegó para compartir esta soledad aparente y devolverla a su secreta verdad: que los cambios más profundos están por venir.

Los rodeos en torno del mentado “retorno de la política” persistieron. Ya habían aparecido unos días antes en Buenos Aires, donde se había invitado al filósofo a especular respecto del rol del Estado en la situación latinoamericana actual. El eje de la disputa estaba puesto en saber si para Badiou el hecho de que el Estado movilizara grandes cantidades de gente, se viera incomodados por –e incomodara a– algunas corporaciones multinacionales, aumentara los niveles presupuestarios de educación o concediera derechos a minorías sexuales, podía volverlo parte de un modo de subjetivación emancipatorio sin precedentes. La negativa badiouana fue clara, pero fomentó nuevamente el debate.

De hecho, si la política que podríamos llamar “clásica” es definida como la administración de lo posible, el peronismo encarna sin lugar a dudas esa figura en nuestro país. Tanto, que Badiou llegó a confesar que “es el trascendental político de Argentina”, aludiendo a la escala que mide los grados de proximidad y distancia entre las cosas de un mundo, que ordena sus cuerpos y sus lenguajes, que anticipa los horizontes de la transformación. El diálogo con el público se extendió por un buen tiempo luego de que soltara algunos conceptos montados en su habitual elocuencia. Me gusta creer que sus palabras todavía se prolongan todavía en éstas que yo escribo, como parte de aquellas suyas que mi ciudad había aprisionado en la década del sesenta.

Luego de esta apertura, llegó la entrega del doctorado Honoris Causa en una barroca sala del rectorado. La ceremonia protocolar no impidió que el filósofo siguiera colecciónando impresiones de viajero o arrojando discursos agudos. Quienes lo han escuchado saben que una de sus mayores virtudes –y también una de sus máximas obsesiones– es la capacidad de transmisión de ideas a cualquier clase de público. ¿Para quiénes habla el filósofo? Esa pregunta, tan política como el problema de la igualdad, vertebría cada uno de sus pronunciamientos. En este caso se refirió a la filosofía y sus condiciones, haciendo un breve repaso por las características peculiares de la ciencia, el arte, la política y el amor pero concentrándose no sólo en lo que éstas le ofrecen a la filosofía sino también, y especialmente, en ese punto en que la moldean, en que la deforman hasta obligarla a confesar que no es más que un espacio vacío, un gesto –ignorante, como aquél de Sócrates– ejercido sobre un universo que no le pertenece. Badiou mostró que la filosofía es un cuerpo inconsolable. Por eso viaja.

Por eso marcha sin cesar. La frenética jornada proseguía, al tiempo que crecía nuestro cansancio y las preguntas a Badiou respecto del suyo. A todas, contestaba con un amable “estoy muy bien”, dejando entrever un temple riguroso y jovial a la vez. Del centro de la ciudad, volvimos al campus para sentarnos nuevamente en el auditorio. Esta vez me tocaba entrevistarlo públicamente. Medité las preguntas durante algo menos de un mes. No las escribía. De algún modo, dejaba que se fueran entretejiendo en mi fantasía. Anticipaba sus posibles respuestas y repreguntaba. Quería invitarlo a internarse en zonas intactas de su filosofía, tanto como deseaba evitar la recapitulación automática de sus conceptos fundantes. Alain –a esta altura del día ése era todo su nombre– aceptó sin vacilar. Traducidas las preguntas, reflexionaba por unos segundos y comenzaba a exponer cada punto de la respuesta. A veces intercalaba pequeñas bromas con las que provocaba al público o tenía una conexión subterránea conmigo. Hablaba pausado y firme, como queriendo que las palabras se acumularan en las almas que se agitaban al oírlo. El comentario general después de esta charla fue increíblemente unívoco: todo el mundo había salido conmovido. La diferencia se encontraba solamente entre quienes jamás habían leído una página de Badiou y ahora pedían recomendaciones urgentes para

iniciar su lectura y quienes, habiéndolas leído, no pedían otra cosa que tiempo para releerlas. Creo que la afectación provenía de algunas confesiones: dijo que no disfrutaba de escribir filosofía, pues hay que repetir algo que ya se ha pensado y además dotarlo de máxima transparencia; que volvía siempre a Platón, a Descartes, a Hegel; y que la cara delicada de la relación entre filosofía y política —que reconoció que estaba reconfigurándose en sus últimos trabajos— tenía que ver con a quién se dirigía la filosofía y para qué. Confeccionó su imagen de último hombre universal al confiar que hacía filosofía cuando asistía al cine, cuando hablaba ante nosotros, cuando participaba de una manifestación política. Cuando se enamoraba también. Atacó por esta vía el espíritu fragmentario y profesional de nuestra época y volvió a eso que tanto la apasiona: entusiasmar a la juventud, alertarla de que en cualquier momento las cosas pueden cambiar y que de ese trastorno puede nacer algo que la tendrá como protagonista. Su generosidad filosófica se mide por la confianza que deposita en el pensamiento que viene. Su esfuerzo, su vocación de enseñanza y la alegría vigorosa que propagan sus palabras no tienen otro destino. “Trabajen su vida —agregó para finalizar la charla—; no dejen que ella los trabaje a ustedes”.

Los aplausos se interrumpieron con algo de asombro cuando las luces se apagaron raudamente como se apagaba el trajín del día. De inmediato se encendieron otras, más tenues y cálidas, en cuyo foco se paró Ahmed, el personaje de Ahmed, filósofo, una comedia para niños del propio Badiou. Ahmed y su compañera Fenda hicieron reír a carcajadas a un público que incluía ahora a quien escribió hace años sus respectivos parlamentos. Repasaron tres de las pequeñas piezas que integran la obra: “El lugar”, “El acontecimiento” y “La muerte”. Nada en la escritura de Badiou deja de responder a un programa superior; tampoco su teatro. No sólo porque es una modalidad del pensamiento, sino porque ocupa un sitio pedagógico primordial, alineado con esa intención filosófica de la que hablábamos. Fíjense lo que dice respecto de lo que significa «teatro para niños»: “No creo en lo más mínimo que tenga que haber un teatro reservado para niños. Al contrario. Diría de buena gana que los niños son la parte del público de teatro más exigente, más lúcida, más deseosa de que se la respete, de que nos dirijamos a ella sin paternalismo, sin demagogia”. Un teatro sin receptores pasivos; una escenificación de algo que tiene exigencia de ser diseminado. Fin de la jornada.

Alain Badiou es ese tipo de viajero que trastoca los roles. Por más que él esté llegando, lo cotidiano se infiltra en sus gestos y lo permanente pasa a estar de su lado, mientras que quienes hospedamos estamos obligados a improvisar y acoger los cambios, pequeños o enormes. Es que resguarda la eternidad de cierto discurso filosófico y la expone sin cansarse. Y tanto como trastorna las formas de viajar, desbarata los relatos. Me resulta difícil saber si esto que escribo no le pertenece, una vez más, como cada instante en el que el filósofo nos convoca y nos espera, benevolente y abierto, para transformar el mundo.